truendo de la artillería, durante esa campaña. No tardaría, Señores, el momento de la Providencia. He aquí un campo vastísimo, abierto á la accion civilizadora del Catolicismo.

Sabe D. Fernando de Tapia, á cuyas órdenes pusiera Cortés los Caciques de Tula y de Tepejí, y una respetable legion de indios huachichiles y tarascos con sus armas nacionales, que Querétaro con sus contornos se hallaba en favorables disposiciones, y sin derramamiento de sangre recibiria á los conquistadores y abrazaría la fé católica; envía un mensagero que persuadiese á los chichimecas y su cacique, de la intencion pacífica que llevaba. A su regreso trajo este por resolucion una proposicion singular. Deseaban los indígenas de Querétaro, es verdad, someterse al nuevo gobierno establecido ya en el país: mas antes de prestarle la formal obediencia, querian hacer alarde de su valor, para lo cual proponian una gran batalla, en la que debian deponer las armas, por su desigualdad, y pelear cuerpo á cuerpo, haciendo uso tan solo de la fuerza de sus brazos. Proyecto tan original y arrogante se realizó al despuntar el alba del 25 de Julio de 1531, en esa pequeña colina de Sangremal en cuya cima se ofrece á la vista el fuerte edificio del monasterio de la Cruz. Pónese el Sol, y despues de doce horas de reñido combate, cuando tal vez el brio del ejército español estaba á punto de estrellarse ante la firmeza del adversario indígena, aparece en el cielo, segun la antigua tradicion, una cruz roja y la imágen del Apóstol Santiago, semejante al Lábaro santo que hizo al gran Constantino abrir las épocas de paz á la Iglesia regada ya con la sangre de mártires de tres siglos. Al contemplar fenómeno tan inesperado como misterioso, se abrazan ambos ejércitos, proclaman al emperador Cárlos V y entran al pueblo de Querétaro que reconoce y se somete á la corona de Castilla, tomando el nombre de Santiago de Querétaro por haber tenido lugar ese memorable suceso el 25 de Julio, dia consagrado al Apóstol de la España. Pocos años despues el citado emperador Cárlos concede á esta Ciudad el escudo de armas que conocemos, en el que, por medio de emblemas rememorativos está compendiada la historia de la pacificacion de esta provincia, apareciendo allí la Cruz sobre el Sol Poniente, dos estrellas á sus lados, y á la derecha el Apóstol Santiago, teniendo á la izquierda la feracidad del suelo queretano. (\*)

Trascurre el tiempo y llegamos al siglo XVIII de esa patria de Cortés. Verificabase entonces una nueva separacion entre las coronas de Castilla y Portugal, cuando se presenta el Sr. Marqués entre los hijos de la Península que venian á establecerse en la Nueva-España. Segun los datos que han podido recogerse, nació el Señor Don Juan Antonio el 30 de Noviembre del año 1670 en el valle de Llanteno, Provincia de Alaba, hoy Alba, en el reino de Castilla: fué el fruto del matrimonio del Señor Don Domingo Urrutia y Rétis, y la Señora Doña Antonia de Arana. La católica España, que contaba con numerosos y fervientes hijos de la Religion de Santiago, y que, cerca de dos siglos antes pudo conjurar la tempestad impia, que la Francia de Calvino y la Alemania de Lutero hicieran asomar á sus puertas, conservaba pura y ardiente la fé del Apóstol, y cristianas las costumbres de sus hijos. Nada estraño, pues, que los piadosos y católicos padres del Marqués le presentasen luego á las aguas bautismales en el Santuario de Nuestra Señora de la Encina, extramuros de la Villa de Arzimiga. A la edad competente, únese en matrimonio con la Señora Doña Josefa Paula Guerrero Dávila Fernandez del Corral. Dios, en sus designios admirables, no concede sucesion á este matrimonio. Don Juan Urrutia y Rétis, tio suyo, habia fundado Señorío y Mayorazgo y era Marqués de la Villa del Villar del Aguila, del cual hereda el mencionado título de Marqués y Señor. (A.)

Traje intencionalmente poco ha, ante vosotros, Señores, los recuerdos que despiertan en nuestro corazon los sentimientos mas caros que nos unen con estrechos lazos de patria y religion. Así me lo pide la naturaleza de la narracion, que vengo haciendoos para presentaros á Dios como Rey universal de siglos y de pueblos, y ver descollar el Catolicismo como inagotable y perenne manantial de los raudales preciosos de la caridad, y contemplarlo como la escuela fecunda de los héroes cristianos que el mundo y los pueblos han visto. El formó los verdaderos sábios que han asombrado los tiempos con su erudicion y su doctrina; de su escuela salieron los mártires que vencieron á diez césares romanos: su voz divina persuadió á los grandes que han abandonado su hogar, sus esperanzas, su corona para irse al yermo, al antro religioso del cenobita, al manicomio, al lecho del moribundo y trocar la seda por tosco sayal. Bien sabéis como yo los asombrosos rasgos de caridad, y las sublimes victorias de sí mismo que la doctrina de Jesucristo pudo persuadir á Francisco de Asis, que besa los inmundos pies del leproso; á Isabel de Hungría que suerbe la asquerosa llaga del otro; á Vicente de Paul, que desde la Francia estiende por el mundo entero los dominios de la bendita caridad, enviando á todas las regiones del globo esos Angeles humanos que luchan brazo á brazo con la miseria, con la peste y con el dolor, á la cabecera del que sufre.

<sup>(\*)—</sup>Debe estas noticias históricas á la importante "Memoria Estadística" que del Señor D. José Antonio Septien y Villaseñor publicaron sus estimables hijos en 1875.

Colocado en este punto, con las conquistas preciosas del Evangelio, y con un cuadro de santos en mi mano, puedo ya presentaros un corazon noble y piadoso, ilustrado por esa misma fé é inspirado por esa misma caridad de Dios, el cual viene á poner en planta las lecciones que habia aprendido en la misma escuela de esos heróes cristianos, en el Evangelio que Santiago predicara en su suelo bendito. Ya puedo pronunciar su nombre delante de esa pira enlutada, para bendecirlo en esta generación que ha re-

cibido sus beneficios y admira su abnegacion.

Tomó posesion el Catolicismo de este nuevo mundo, ensanchó sus dominios é implantó la Cruz de Jesucristo en esta vasta estension, desconocida antes; preséntase en el cielo el Iris divino que con ese grandioso símbolo del Salvador y con la imágen del gran Santiago presagiara la paz de mi patria. Cinco meses trascurren de ese singular acontecimiento de Querétaro, y allá en el Tepeyac se presenta la augusta María, Madre de Dios y de los hombres y estampa su graciosa imágen en el sencillo ayate de un neófito del Anáhuac, dejando así una tradicion preciosa que en mas de tres y medio siglos habiamos de celebrar con gran entusiasmo cristiano y nacional los hijos de México, que miramos como la enseña Santa del mejicano y del católico esa prenda divina de Guadalupe porque ella es la sintesis de la historia de mi patria: en ella están las enseñanzas, las tradiciones, las costumbres y el lenguage mismo que del Atlantico nos trajeran los hijos de aquella encantadora península evangelizada por San-

Tal es mi pueblo; tal su época en la cual coloca Dios á este hombre cristiano para practicar las lecciones de caridad que ha-

bia aprendido en su piadoso hogar.

Querétaro es una ciudad enriquecida con los tesoros que el Autor Soberano de la naturaleza prodiga en favor de los pueblos. Rodeada de centros de exuberante vegetacion, parecia, Señores, bastarse á sí misma y cubrir las exigencias de sus moradores. Carecía del agua potable, y su necesidad se hacia imperiosa dia con dia á los mundos de la vegetacion y de la vida animal. Su importancia, su interes vital se encuentra encarecido en las misma páginas sagradas, cuando nos refieren que marchaban las legiones de Jacob conducidas por Moises, angustiadas por la sed. Testigos habian sido de los prodigios con que el Dios de Israel los librara de Egipto en donde gemian esclavos: contemplan el mar Rojo abriéndoles paso franco y sepultando en su seno profundo el ejército de Faraon. Ahora, en los sufrimientos de la ardiente sed, van á admirar á su caudillo, á aquel hombre, que oyera la voz del Señor en la zarza ardiendo, al sencillo pastorci-

to de Horeb, que mas tarde viera á Dios en el encumbrado Sinaí, bajando de él con su rostro resplandeciente, van, digo, á verlo herir poderosamente la peña del desierto y convertirla en fecundísimo raudal, que mitigará la sed de seiscientos mil varones con sus esposas y niños, que formaban una populosa ciudad en la vasta llanura. Ni habiamos menester, Señores, el elevado testimonio de las divinas letras para que entendiésemos el valor y el inmenso aprecio del beneficio de las aguas para un pueblo: sabemos bien que se dispersaria en familias, se dividiria acá y acullá en diversas fracciones diseminadas, que, errantes por valles, llanuras y montañas no descansarian hasta encontrar el lugar enriquecido por el manso arroyuelo, la cristalina corriente, el rio caudaloso, elemento indispensable que satisfaria las primeras necesidades del hombre individuo, para formar con reposo y descanso ese misterioso grupo llamado pueblo que satisfaria á su

yez las necesidades del hombre social.

No quiero deciros, Señores, que enmedio de nosotros suscite Dios otro Moises: ni entenderéis tampoco que una misteriosa vara toque la dura peña para trocarla en límpido manantial. Allá en el desierto admiro al hombre de Dios, que con la fé del Altísimo hace brotar la fuente pura del peñasco; aquí contemplo y elogio al hombre, al cristiano piadoso, al caballero inspirado en la caridad del Evangelio derramar sus caudales cuantiosos en una obra gigantesca que señale el curso de la azulada corriente en una estension de dos y mas leguas, hasta que nuestras calles y plazas se alegrasen con el suave murmullo de la cristalina fuente. Al Oriente, Señores, nuestra risueña poblacion abre sus puertas al viajero con ese grave y santo monasterio, que bajo el árbol divino de la Cruz de Jesucristo, protegiera las lágrimas y penitencia austera de los hijos de Francisco de Asís en dias mas lisonjeros para mi patria: al saludarlo de cerca, instintivamente la frente se inclinaba á los graves y religiosos cantos que exhalaba el pecho contrito, y á la vez la vista contemplaba al lado del célebre monumento cenobita, otro monumento que perpetuase la piedad y la caridad de este hombre ilustre; es una piedra, de la cual las aguas se distribuyen á la Ciudad; ella se eleva desde nuestros mayores y por su encargo ha venido hablando á las generaciones que han pasado cerca de ella, mostrándoles esta inscripcion, que haga sobrevivir el piadoso nombre del Marques á todas las edades:

"Reinando en las Españas nuestro Católico Rey Felipe V (que "Dios guarde), y siendo Virrey de esta Nueva España el Exmo, "Señor Marqués de Casafuerte, se empezó esta magnífica obra "de la alberca el dia 26 de Diciembre de 1726, y se concluyó has-

nta esta caja el 15 de Octubre de 1735 siendo Virrey y Arzobispo de México el Illmo. y Exmo. Señor Don Juan Antonio de
Vizarron y Eguiarreta, y Corregidor de esta muy noble y leal
Ciudad de Querétaro, Don Gregorio Ferron. Fué Juez superintendente de ella el Señor Don Juan Antonio Urrutia y Arana, Caballero de la Orden de Alcántara, Marqués de la Villa del
Villar del Aguila, natural de la Provincia de Alaba, que, deseando el bien comun puso en ello (con todo esmero) desde su primer
fundamento, no solo el trabajo de su trazamiento y asistencia
personal, sino tambien las expensas de 88.278 pesos. A que conriribuyó el vecindario de esta ciudad, así eclesiástico y regular
ucomo secular, con la cantidad de 24.504 pesos, que, junta con la
nde arriba, suman 112.782...

"Por cuyo beneficio debe esta Ciudad mostrarse agradecida, y "encomendarle á Dios, que le dé por obra tan heroica la biena-"venturanza eterna."

Nuestra historia nacional, Señores, se ha mostrado siempre orgullosa cuando coloca á la Ciudad de Querétaro como dueña de una obra verdaderamente grande: los viajeros todos, que desde 1735 hasta la época presente se detienen enfrente de ella, la saludan con admiracion y fijan sus miradas científicas en ese gigante de granito, sin hallar semejante en la vasta estension de nuestro suelo. Las tradiciones que vienen educando desde la infancia nuestras almas nos hacen respetar ese esbelto acueducto que viene deslizando sus elegantes arcos desde la vertiente de lejana montaña hasta los muros antiguos del grave monasterio de la Cruz, y colocarlo entre las realidades importantes y maravillosas de México. Nosotros lo vemos á nuestras puertas y saludamos gozosos las puras y mansas corrientes que nos regala, lo contemplamos diariamente y siempre nos ofrecerá todo el interés de una encantadora novedad. Abnegacion, espíritu de empresa y mas que esto, caridad, son sin duda, Señores, los móviles que inspiran á un hombre un pensamiento de esta magnitud, para no abandonarle, sino llevarlo hasta su completa perfeccion, abriendo para ello sus tesoros y conduciéndolo hasta su realidad.

Paréceme adivinar en este instante, Señores, las miras que se elevarian en el alma grande de este hombre, que no retrocede ante dificultades á trueque de realizar tal beneficio, llevando á cabo proyecto tan valiente. Pensaba no lo dudo, en su posteridad. Ocupaba seguramente su alma el halagüeño porvenir de este pueblo que tanto amaba. Edificaba esos soberbios pedestales para desafiar la corriente devastadora de los siglos, y hacerlos llegar, conduciendo en sus brazos la mansa y benéfica corriente, hasta las generaciones futuras de Querétaro, que, ansiosas llega-

rian á sus fuentes puras, y unas en pos de otras se levantarian bajo ese coloso de granito. Ahí está esculpido su nombre, es cierto: sus estátuas se elevaban, tiempos atras, avisando á una y á otra generacion la celebridad de su memoria. Pero hay otro nombre que realza mil veces mas el que ahí está grabado en la roca inerte y muda: ese nombre es completamente ignorado del que es estraño al Evangelio, y es el único que infunde alma y vida á la memoria que pasa á través de siglos y pueblos: ese nombre es cultivado y pronunciado con veneracion por las naciones que ha civilizado el Cristianismo, y es el que vivifica, en cierto modo, esos mármoles gigantes que hablan, y verán pasar mas y mas generaciones. Y ese nombre, se aprende y se sabe solo en la escuela de Jesucristo. Nombre santo y bendito, que hace héroes en el Cristianismo, él fué la inspiracion de este hombre noble en esa y otras muchas santas empresas. Caridad, Señores, es el nombre misterioso que queda grabado en los peñascos elevados, mas fuertemente que el nombre de los hombres. Caridad! Poderoso elemento que imprime en el alma las inspiraciones mas santas, dicta leyes para su marcha, da la fuerza, y proporciona los recursos que salvan el obstáculo y realizan las mas difíciles concepciones. El es el que yo encuentro esculpido en las inmortales obras que dejó el Señor Marqués para nuestro bien, cuya memoria en brazos de la Religion nos ha conducido hoy á la casa de Dios para elevar por su espíritu nuestras cristianas preces, nuestros piadosos recuerdos, y nuestras plegarias de gratitud que suban al cielo, y en la tierra bendigan y perpetúen su memoria.

Solo un hijo del Cristianismo, discípulo de la caridad del Evangelio puede concebir y realizar una obra grandiosa, que tiene la mision de irse á los tiempos futuros, y derramar el suave perfume del bien á la cuarta, quinta y siguientes generaciones. Allí queda eliminado completamente el egoismo, elemento que por desgracia, domina la actualidad del mundo. Solo la religion de Jesucristo es la que persuade á los reyes y poderosos de la tierra á trocar su corona y su púrpura por el sayal pobre, y cambiar sus palacios por la choza del miserable, y el lecho del apestado. Solo ella es la que los hace descender de su trono para ir en busca del que sufre y llora. Solo ella nos puede enviar al socorro de las víctimas, sin acordarnos de nosotros mismos: ella es la escuela de los santos, de los grandes y magnánimos, de los hombres de sólida virtud é inquebrantable piedad. Ella en consecuencia es la que pudo educar la noble alma de D. Juan Antonio Urrutia y Arana en las lecciones preciosas que nos da la Sabiduría eterna: Quod superest, date eleemosynam. Dad limos-

nas de lo que sea para vosotros sobrante. Luc. XI 41. Puedo muy bien, pues, deciros en este momento, enfrente de la memoria del Caballero de Alcántara, los mismos elogios que en el Libro del Eclesiástico se hacen de los Patriarcas del pueblo de Dios, y de sus descendientes: Alabemos á los varones ilustres y á nuestros Padres en su generacion. Cosas muy gloriosas hizo el Señor en su magnificencia desde el principio del mundo. Ellos imperaban en sus señorios, hombres grandes en virtud, y adornados de prudencia, anunciaban como profetas la 

piedades no han faltado. Eccli. XLIV.

Miradlo aun, y registrad su historia. Rasgos ilustres, laudables y memorables hechos encontrareís, dignos de encomiarse en estos momentos. Le vereís obligarse á sustentar á sus espensas al jóven D. J. Ignacio Cabrera durante sus estudios hasta coronarlos con el Sacerdocio y dejarlo con suficiente congrua, obligado tan solo el agraciado á celebrar los dias de fiesta el Santo Sacrificio de la Misa, por su alma. (B) A su fallecimiento perdona la cuarta parte de las deudas de sus sirvientes. Manda entregar á otro servidor fiel, residente en Madrid, (\*) la cantidad de dos mil pesos en premio de sus servicios. Ordena se hagan celebrar quinientas misas, con la limosna ordinaria, por las almas de los Caballeros de Alcántara y Calatraba. Funda obras pias en la Iglesia de S. Diego, de México, y en S. Antonio de las Huertas, extramuros de la Capital. Deja en su testamento diez y ocho legados, entre los cuales figuran notablemente uno que favorece y fomenta el culto de Nuestra Señora de la Blanca, en el Santuario de Llanteno, en cuyo valle nació; y otro para el culto de Ntra Señora de la Encina, en recuerdo de haber allí recibido el carácter de cristiano, ascendiendo estos legados á la fuerte suma de cuarenta y cinco mil ochocientos pesos, 45, 800 \$. Qué desinteres, Sres! Con qué indiferencia le enseñó el Evangelio de Jesucristo á mirar las riquezas, que caducan! Con que caridad, aprendió a mirar al pobre, al huérfano, á la viuda y á todo el que sufria, derramando en su beneficio esas respetables sumas. Dios que lo habia colmado de tesoros cuantiosos, le enseñó á dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo del César. Débele, por último, nuestra querida Ciudad la construccion de ese puente que ahí veis, que nos separa de la parte norte de la Ciudad, conocida con el nombre de La Otra

Cristiano ferviente, amigo de la caridad, como acabaís de ver, piensa no solamente en derramar beneficios sobre sus hermanos, y en dejarlos á la posteridad, sino que dirige tambien su pensamiento á la eternidad, á aquel misterioso oceano en que tienen que abismarse los hombres y sus grandezas y tesoros; y emplea sus momentos en disponerse á esperar la muerte y no ser sorprendido. Su piadoso corazon, su conciencia recta é ilustrada por el Cristianismo le hacian conocer bien que un poderoso, un opulento no es el verdadero dueño de sus caudales, sino un ecónomo de Dios, un ministro de la alta Providencia que vela misericordiosa sobre sus criaturas; y que los bienes de la tierra corruptibles y perecederos como son, debian servirle para comprar el cielo con la caridad y la largueza.

Así, pues; con tales convicciones, inspirado por tan santa doctrina, hace en 18 de Noviembre de 1742 en la ciudad de Méjico, su testamento, ordenando en él la admirable y muy piadosa distribucion de sus bienes que os referí poco ha. Tan cristianas disposiciones, que revelan claramente un espíritu fervoroso y una acendrada caridad, lo hacen esperar la muerte con la tranquilidad del justo y del amigo de Dios. Recibe los sacramentos con que la Iglesia, tierna y solícita madre, acude al último suspiro de sus hijos, y abandona esta vida con una muerte cristiana y edificante el dia 29 de Agosto de 1743, como consta de la partida de defuncion, que obra en el Archivo del Sagrario Metropo-

litano de México (L. 13. foj. 155 vuelta). (C)

Así mueren los verdaderos cristianos. Cierran sus ojos en el materno regazo de la Iglesia, en el cual los abrieran á la fé de Jesucristo, practicando despues su doctrina de caridad con el santo empleo de sus caudales que derramaron en el socorro de los pobres de Dios. Fiel á sus promesas, el Señor de las misericordias habrá recibido en su seno esta alma purificada, y adornada de tan santas obras de la mas preciosa caridad, y lo habrá hecho

ocupar su asiento en la mesa nupcial del Cordero.

El templo de Sto. Domingo, de Méjico, guardaba sus despojos. Lastima, Sres, que los desastres de una fratricida lucha, que como furioso vendaval se desató sobre nuestra patria, se hayan hecho sentir tambien en ese venerando lugar, que hollaron sacrílegas manos profanando el silencio de los muertos y convirtiendo sepulcros tan queridos en un confuso y horrible hacinamiento. Imposible desde entonces, cualquiera pesquisa, cualquiera piadosa investigacion que hicieran nuestros agradecidos corazones para buscar con respetuosa solicitud y con asiduo empeño esos restos, que guardan una edificante historia. Aquí, enmedio de nosotros, levantariamos presurosos un monumento que

<sup>(\*)</sup> D. Cristóbal de Aldana.

llevase á nuestros descendientes su memoria ilustre y bendita por nuestra gratitud. Aquí se elevaria el mausoleo cristiano que hiciera memorable su nombre para toda la posteridad. Vendriamos á orar á su tumba, colocariamos sobre ella nuestra flor, conservando ante nosotros su huesa, y con ella nuestra imperecedera gratitud y admiracion.

Bendita sea, pues, su memoria, Señores! A nosotros pertenece ese nombre ilustre para colmarle de alabanzas, gratitud y bendiciones, orando aquí fervientes como si estuviesemos al borde

de su tumba.

El siglo actual no conoce el mérito de estas obras santas, que inspira, alienta y realiza la caridad cristiana. Ha eliminado de su seno á todas ellas y hace esfuerzos por mandar al olvido obras como las que admiramos en este hombre, y sus nombres juntamente con ellos. Un aluvion de advenedizos llena hoy nuestrosuelo, absorbiendo las empresas todas de mi pobre patria; su in fluencia, perjudicial al espíritu del Catolicismo, parece estenderse y luchar por extinguir de mis pueblos la antorcha de la fe. y la llama ardiente de la caridad de Jesucristo que siempre ha animado individuos y corporaciones piadosas. En lugar de las saludables y santas doctrinas que aprendimos en la misma escuela del Marqués piadoso, se lucha por suplantar lecciones de materialismo, que educa el espíritu del avaro, del codicioso, del egoista que no atesora para nadie, sino para sí solo. Oh! Hubo hombres, dice el Eclesiástico, cuya memoria se fué á la tumba con ellos: existieron como si no hubieran vivido: pero illi viri misericordiæ sunt, quorum pietates non defuerunt.

Yo, pues, alabo, Sres., á este hombre noble y de grande alma aquí en el Templo de Dios vivo, Rey inmortal de los siglos, para quien todo vive. Digno, por cierto, de los encomios de los Patriarcas de la antigüedad. Duerme el sueño de las tumbas, y su alma, así lo creo, fundado en la Santa esperanza del Cristianismo, reposa feliz en el seno de Dios. Yo alabo aquí sus virtudes cristianas, su grandeza de alma, y con la Iglesia Santa le prodigo los mismos elogios del Patriarca: Felíz mil veces; que no se dejó cautivar por el brillo del oro ni esperó ni fundó su alabaremos? Hizo cosas admirables á su paso por el tiempo.... Por lo mismo, asegurados quedaron en el Señor sus bienes y toda la Iglesia de los Santos se encargará de aplaudir sus limosnas. Beatus dives..... Por eso, Sres., admiramos el fenómeno singular que solo la Iglesia Católica nos puede presentar. Del fondo de la corrupcion, del seno mismo de su fosa vemos salir puro é inmortal ese elemento que sobrevive al hombre, y que se

eleva triunfante sobre esa pira engalanada con el luto y el dolor. La muerte misma, parece humillarse y devuelve al Sr. Marques, al Caballero de Alcántara D. Juan Antonio Urrutia y Arana una vida de nuevo género, que el mundo no dá, un nombre ilustre, una memoria llena de bendicion que Dios reserva para el verdadero cristiano, para el piadoso genio, amigo suyo y amigo de los hombres. Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.

Dios Eterno! que salvas y dominas los siglos! Soberano Autor de todo bien, recibe las fervientes oraciones, que hoy elevamos al pié de tus Altares y con la Hostia Divina de la Cruz por el alma de este fiel hijo tuyo, que se inspiró en tu fé, vivió de tu esperanza santa, y practicó tu caridad predilecta. El fué nuestro Padre, y tú nos mandas tributar respeto y gratitud á nuestros mayores, que aquí llevan tu nombre, y alabar á los ilustres varones y patriarcas de nuestros pueblos. Sus piedades ahí están, viven aún. Sus obras de caridad respiran todavia la vida. Es digno, pues, de nuestra gratitud y nuestras bendiciones. Llévalo á la altura de los cielos, y si en tus inescrutables juicios aún no se purifica esa alma de las debilidades de su vida, oye la voz de Jesucristo víctima que desde el altar te implora tu perdon. Dále ya la gloria de los bienaventurados. Descanse ya en paz. Vea la luz perpetua, y ruegue por nosotros

AMEN.